Los refranes de la guerra

JUAN JOSÉ ÁLVAREZ DÍAZ
Madrid

Los ocho largos siglos (s. VIII a s. XV) de pelea y guerra, más o menos intensa contra los moros, que hemos dado en llamar Reconquista, así como la coincidencia que se dio en el Renacimiento entre el avance y enriquecimiento del castellano y el auge de las armas españolas en Europa y América, podrían parecer suficientes razones para comprender la gran cantidad de refranes y paremias de todo tipo, que relacionadas con la guerra y lo militar adornan nuestro lenguaje familiar, de no ser que la guerra y, muy especialmente, la milicia han sido siempre una fuente constante de inspiración para los anónimos e ingeniosos cultivadores de la sabiduría popular; aspecto éste, del que no debemos prescindir si se pretende ahondar en su estudio. El hombre ha guerreado entre sí desde sus orígenes y la filosofía de la guerra, expresada en dichos, refranes y sobre todo en esa suerte de verdades inmarcesibles que denominamos máximas militares, ha impregnado la cultura desde la más remota antigüedad.

No podía ser de otra manera porque ninguna actividad influye en el individuo con la brutalidad, profundidad y persistencia con que puede llegar a hacerlo la guerra o incluso el mero ejercicio de la milicia. Ser soldado es, se ha dicho siempre, algo que imprime carácter. En España, el muchacho que, en el siglo de Oro, apenas dejada la adolescencia se alistaba en los Tercios, el que por fuerza de leva o quinta era reclutado durante la Ilustración o en el Romántico siglo XIX, o incluso el conscripto del siglo XX, cuando regresaba a sus hogares, años después, curtido por las campañas, las empresas en las que había participado y sufrido, la disciplina, la soledad y el miedo, poco tenía que ver con el que sus padres y hermanos recordaban. El ejército y el servicio militar habían modelado parte de su ser, dejándole una huella tan profunda que habría de durar toda su vida.

La consecuencia de todo esto es que las expresiones (modismos, locuciones y refranes) relacionadas con la guerra, las armas o la vida militar, muy populares en casi todas las lenguas, son, en castellano, particularmente abundantes y de uso frecuente. Exceptuando los refranes, que sólo son abundantes en la literatura picaresca, el resto podemos encontrarlas en textos de cualquier época.

Por otro lado, la guerra, en sus diversas facetas, ha sido objeto de estudio en la mayoría de las culturas, dando lugar a un conjunto de ideas comúnmente aceptadas por todos los tratadistas militares y que, por trascender al mero transcurso del tiempo, a los cambios sociales y a los avances de la técnica, damos en considerar indiscutibles. En estas ideas, axiomas o principios, conocidos como máximas militares, se inspiran muchos de los que denominamos refranes de la guerra y que no son otra cosa que la expresión de las mismas en lenguaje y forma más populares. Por ejemplo: «El buen soldado sácalo del arado» es refrán que rubrica las buenas cualidades que, por regla

general, presentan los soldados procedentes del mundo rural, haciéndose eco de un pensamiento secular, al que Vegecio (s. IV) dedicó, nada menos que todo un capítulo de su libro *Epitoma Rei Militaris*, una de las obras clásicas más importantes del pensamiento militar.

La frase latina, tomada de obras escritas en esta lengua y utilizada sin traducción por los estamentos cultivados, también suele tener su réplica en el refranero. Un ejemplo lo tenemos en la conocida frase de Terencio (s. II a. de C.), «Fortes fortuna adiuvat», que en el acervo popular adopta su particular versión: «A los osados ayuda la fortuna». El refrán es, en este caso y otros similares, mero vehículo de graves y elevados pensamientos, a diferencia de aquellos, genuinamente populares, en los que se aduna el ingenio a un profundo conocimiento empírico de la realidad cotidiana.

A continuación, bajo diferentes epígrafes, iré desgranando una recopilación de refranes castellanos que tratan de la guerra, extraídos de la bibliografía clásica (Correas, Sbarbi, Rodríguez Marín, Martínez Kleiser, etc.) y agrupados por afinidad. Vamos a poder apreciar, leyendo con detenimiento todos estos refranes, como la guerra y sus consecuencias, han incidido sobre la sensibilidad popular y estimulado su creatividad. Esta clasificación, que abarca 21 grupos, nos permite comprobar y medir la distinta importancia que para el refranero, en definitiva para el vulgo, tenían algunos aspectos de la guerra. Es significativo, por ejemplo, que el 43% de todos los refranes pertenezcan únicamente a cuatro grupos: "De la guerra y de la paz", "Del temor a la guerra, a la batalla, a la pelea", "De la guerra y la muerte", "De la guerra y la fortuna".

El corpus de los refranes relacionados con la guerra, el ejército y las armas podemos establecerlo, dependiendo de los criterios, más o menos restrictivos, que se apliquen, en un número comprendido entre los 900 y 1200 refranes; de este corpus se seleccionaron los 233 incluidos en este trabajo y que son aquellos que aluden explícita o implícitamente a la guerra. En general están incluidos todos los que se pudieron localizar, exceptuando los que hablan de la derrota, de la victoria o del miedo, debido a que, al no ser términos exclusivos de la acción bélica, en muchos de ellos no siempre se aprecia una relación evidente con la guerra. La selección de refranes para estos tres grupos fue restringida y, fundamentalmente, intuitiva.

De la guerra y el dinero.

«Pecunia nervus belli» es la antigua expresión latina que utilizamos para poner de manifiesto la importancia del dinero en la guerra. Napoleón, que como todos los grandes generales de la historia era, por encima de todo, un pragmático desprovisto de cualquier tipo de sentimentalismo, tenía esto muy claro y así, a la pregunta de cuales eran las tres cosas más importantes en una guerra, respondió: «Dinero, dinero y dinero». En el refranero también vamos a encontrar esta misma idea:

Dinero de contado halla soldado.
Dineros defienden bandera, pues sin dineros, ¿qué fuera de ella?
La guerra ha menester gen y argén [dinero].
¿Quién hace la guerra? Quien porta la moneta.
Sin mucho gen y mucho argén, no se hace la guerra bien.

De la guerra y sus comienzos.

Los conflictos armados suelen tener unos prolegómenos, más o menos largos, durante los cuales menudean los incidentes entre las naciones o pueblos enfrentados, al tiempo que, unos y otros, estudian y evalúan sus posibilidades de éxito en caso de que la guerra se desencadene. Si en uno de los bandos se llega a la conclusión de que la victoria es posible y la guerra inevitable para alcanzar

sus fines, esta se iniciará, habitualmente, de manera fulgurante, buscando, el agresor, hallar ventaja con la sorpresa.

El refranero compara la guerra con el fuego y advierte que, pese a su violencia, es al comienzo cuando son más fáciles de sofocar, tanto una como otro; después, ya no será fácil hacerlo, pues rápidamente se avivan por si solos. No es sencillo detener la guerra, una vez iniciada, y en esto, sucede como con las uvas que apenas hemos cogido una de un racimo, lo más probable es que continuemos con las demás hasta terminarlo o como con la cena.

A la guerra y al fuego, búscale el comienzo.
Guerra y racimo comenzados, no son dejados.
La cena y la guerra comiénzala, que ella se atea [se enciende, se avivar].
La guerra no vemos y ya la tenemos.
La guerra por sí se atiza.
La guerra y el fuego, sofocarlos al comienzo.
La guerra y la cena, comenzándola luego se atea.
Las guerras y las turmas [criadillas] de tierra engéndranse en otoño y paren en primavera.

De las causas de la guerra.

No es necesario recurrir a los grandes tratadistas militares como Vegecio, Maquiavelo, Clausewitz o Villamartín para intuir y comprender las causas de la guerra, en cualquier época. La tierra como productora de bienes y el territorio como soporte de riqueza y poder son, en último extremo, el anhelo esencial que mueve a la guerra. Pero esta no existiría sin la voluntad humana de satisfacerlo a toda costa. Francisco Villamartín, uno de nuestros mejores tratadistas militares, centrándose en esta idea afirmó: «la guerra no es un hecho social sino natural, condición fisiológica del hombre». La sabiduría popular lo refleja así:

La gente hace la guerra.
Del polvo de la tierra se le levanta al hombre guerra.
Quien tiene (la) tierra, tiene (la) guerra.

De la guerra y la paz.

Son muchas las paremias relativas a la paz y a la guerra. En general el refranero trata este asunto con pesimismo y amargura. Alcanzar la paz y mantenerla requiere esfuerzo y la guerra aparece como algo inevitable en la que hay que buscar algún aspecto positivo. Recomienda prepararse para la guerra, desconfía de la paz larga, describe algunas de las consecuencias y aporta un número significativo de refranes fatalistas, en especial todos aquellos que comienzan con «Más vale...»:

Ármate en paz, y acertarás.
Con las armas en la guerra y con el arado en la paz, a tu patria servirás.
Con todos guerra, y paz con Inglaterra.
Cuando se ausenta la paz, se lleva consigo el pan.
En la paz y en la guerra, al que matan, muerto se queda.
Entre guerra e paz, al que matan ahí se yaz.
Haya paz duradera, y sea lo que Dios quiera.
La buena guerra, buena paz engendra.
La guerra enseña a robar, y la paz enseña a ahorcar.
La guerra hace los ladrones y la paz los ahorca.
La guerra sólo tiene una cosa buena: la paz que trae en pos de ella.
La paz en la tierra al soldado hace guerra.
La paz es la madre del pan.
La paz se ha de comprar.
Mas vale bollo en paz que hogaza en guerra.
Más vale buena concordia que próspera guerra y victoria.
Mas vale buena guerra que mala paz.
Mas vale cierta paz que dudosa victoria.
Más vale guerra declarada que paz simulada.
Más vale en paz pan y cebolla que en guerra olla y polla.
Más vale en paz un huevo que en guerra un gallinero.
Más vale morir en paz que vivir en guerra.
Más vale paz cierta que victoria incierta.

Mejor es guerra clara que paz fingida.
Paz larga, guerras prepara.
Quien desee la paz, apareje la guerra.
Sin paz no hay pan.
Sin paz no hay pan, sin pan no hay paz.
Tengamos paz; y guerra quien la quisiere.
Toda guerra concluye por donde debió empezar..., por la paz.
Vístete en guerra y ármate en paz.
No ordenes tregua que ponga mal fuero en la tierra.
Treguas no son paces.

De la guerra y el amor.

Estratagemas, derrotas, victorias, peligro y sufrimiento, de todo esto hay en el amor y en la guerra. La analogía es evidente por lo que podemos encontrarla en la literatura y en el refranero desde muy antiguo. Miguel de Cervantes en la 2ª parte de *El Quijote* nos la ilustra, al tiempo que advierte que el amor y la guerra son una misma cosa:

> Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada".

Amor y guerra tienen batallas y sorpresas.
Caza, guerra y amores, por un placer, mil dolores.
El amor y la guerra son una misma cosa.
En la guerra y el amor, el que vence tiene razón.
Guerra, caza y amores, por un placer mil dolores.
Nunca aconsejes en temas de amor o de guerra.
Por la victoria el soldado y por la novia el enamorado.
Quien en caza, o en guerra, o en amores se mete, no (siempre) sale cuando quiere.

De la guerra y la vida.

Al igual que sucede con el amor, la guerra se ha considerado siempre una alegoría de la propia vida: «Militia est vita hominis super terram» (Job VII,1). En este sentido escribió Francisco de Quevedo (*Sueño del Infierno*) lo que sigue: «Advertid que la vida del mundo es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma». A este respecto, comenta el refranero: «Es una guerra nuestra vida sobre la tierra»; «Esta vida es una guerra continua».

De la guerra y la muerte.

La guerra y la muerte van de la mano. Para el refranero el que muere no es un héroe, sino más bien, un incauto, un desgraciado que no pudo o no supo evitarla.

El buen artillero muere al pie del cañón.
El más valiente guerrero muere en la guerra somero.
El necio muere en la guerra; el discreto hácela y vive en ella.
El que no va a la guerra, no muere en ella.
En la paz y en la guerra, al que matan, muerto se queda.
Entre guerra e paz, al que matan ahí se yaz.
Hombre muerto, no hace guerra.
La guerra, a muchos da vida y a muchos entierra.
La guerra es la fiesta de los muertos.
Más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo (o sano) en la huída.
Mas gente va a la guerra que vuelve de ella.
Muchos mueren en la guerra, mas por eso no dejan de ir a ella / pero muchos más van a ella.
Muera, muera, que hombre muerto no hace guerra.
Nunca vi morir en guerra soldado que de ella venga; o que en ella venza.
Quien a la guerra muchas veces va, o deja la piel, o la dejará.
Quien a la guerra se va, volverá o no volverá.
Quien hijo tiene en la guerra muerto está y vivo le espera.
Quien guerra quiera, en ella muera.
¿Sabes quién es el general más valiente? La Muerte.

¿Sabes quién es el general que ha ganado más batallas? *La chata*.

Soldado fuerte, hasta la muerte.

De la guerra y la fortuna.

La guerra no es sólo fuente de calamidades y desgracias, sino también de toda suerte de riquezas, de prestigio y de gloria para aquellos pocos que hacen de ella un medio de medrar y conseguir fortuna. Pero la suerte en la guerra es caprichosa, aspectos nimios e insignificantes llegan, en ocasiones, a incidir de manera determinante sobre el resultado de una batalla y una sola derrota puede empañar el prestigio y el éxito de un general, hasta entonces, victorioso.

Batalla ganada, general olvidado/perdido.
Buena es la guerra para el que no va a ella.
Capitán vencido no está loado, ni bien recibido.
El buen éxito hace heroicos vencedores; el malo, viles traidores.
El fin de la guerra es el juez de ella.
En la guerra es recibido vencer y ser vencido.
En tiempo de campaña, el que apaña, apaña.
En tiempo de guerra, el que aferra aferra.
En tiempo de guerrilla, quien pilla pilla.
General que en cien batallas vence, nada habrá ganado si la ciento una pierde.
¡Gran batalla hemos ganado; tal general hubo en ella!
Héroes si vencedores, y si vencidos, traidores.
La gloria es de quien la gana, y el dinero, de quien lo agarra.
La guerra, a muchos derechos tuerce y a muchos tuertos endereza.
Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura un caballo; por un caballo, un caballero; por un caballero un campo; por un campo un reino.
Por un clavo se pierde una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un jinete, por un jinete un reino.
Por un clavo se pierde un caballo; por un caballo, un caballero; por un caballero un ejército.
Por un clavo se pierde una herradura, y por ella un caballo, y por él un caballero, y por él un pendón, y por el pendón una hueste, y por ella una batalla, y por la batalla un reino.
Se pueden ganar muchas batallas, y perder la campaña.
Veinte batallas has ganado; pero si pierdes una, no has ganado ninguna.

De la guerra y el miedo.

El hombre cabal tiene miedo en la guerra, porque este es un sentimiento inevitable cuando el peligro a perder la vida se hace evidente. Tener miedo es, por consiguiente, algo natural. El hombre valiente no es el que no tiene miedo sino el que se sobrepone a él y continua en la lucha. Sin embargo, evidenciarlo o admitir que siente se ha considerado siempre deshonroso y de cobardes.

Muchos hay en la guerra y pocos en la pelea.
Quien miedo tenga, no vaya a la guerra.
Si el miedo aterra, ¿que hará la guerra?
Todas las armas que se labran en Toledo no armarán el miedo.

De los padecimientos y desgracias de la guerra.

El sufrimiento, las incomodidades, la miseria, el dolor y la muerte son consustanciales con la guerra. Nada hay en ella de bueno como irónicamente indica en su comedia *La casa de los celos* Miguel de Cervantes, el más insigne de los escritores españoles, que fue, además, soldado de infantería:

Dura y respetable guerra,
por sólo aquesto eres buena:
que en pluma vuelves la arena,
y en blanda cama la tierra.

En la guerra no se *esparten* confites.
Hijo, sigue la iglesia y arrímate a la reja; no sigas la plaza, ni menos la caza, que la guerra, caza y amores, por un placer y pasatiempo, son dolores.
Guerra, peste y carestía andan siempre en compañía.
La guerra asuela la tierra.
La guerra mil males engendra.
La guerra pierde la tierra.
La guerra, todo lo malo lo trae, y todo lo bueno se lo lleva.
Perico el tonto se fue a la guerra, volvió más tonto, y sin una pierna.
Quien no quiera ver lástimas, no vaya a la guerra.
Quien va a la guerra, come mal y duerme en la tierra.
Quien ver lástimas no quiera, no vaya a la guerra.

Del temor a la guerra, a la batalla, a la pelea.

Contrasta el escaso número de refranes que tratan del miedo en la guerra con el verdaderamente abundante de los que expresan el miedo a la guerra. Reconocer lo primero era motivo de deshonor; lo segundo, al contrario lo era y es de sentido común. Y poner de manifiesto esto último es, como sabemos, la característica más destacada de los refranes, en general. Otra es la del humor, que podemos apreciar, además, en muchos de los que siguen.

Acabada la guerra, retén tus armas para que no vuelva.
Agua y sol, y guerra en Sebastopol.
El hambre y la guerra, para verlos a cien leguas.
El que no quiera balazos no vaya a la guerra.
Haya guerra, pero no en mi tierra.
La guerra, contalla; y la mar, miralla.
La pintura y la guerra, mírala desde fuera.
Lo bueno de la guerra es no ir a ella.
Música, pintura y guerra, desde fuera.
Cien años de guerra, y no un día de pelea/batalla.
Cuando oigas gritar: ¡Viva la libertad!, atranca la puerta y coge el fusil.
Diez años de guerra y ninguno de batalla.
Guerra toda la vida y no batalla de un día.
Habla de la guerra, y no vayas a ella.
Hablar de la guerra y estar fuera de ella.
Ir a la guerra, navegar y casar no se debe aconsejar.
Ir a la guerra ni casar, no se (ha de) debe aconsejar.
La guerra y la pintura, de lejos tienen la hermosura.
Los locos, a la guerra; los cuerdos, en su tierra.
Rey ni guerra, no los vea yo en mi tierra.
Teme la guerra quien sabe los peligros de ella.
Tratar de la guerra y no entrar en ella.
Ve el primero a la feria y el último a la guerra.

Del desconocimiento de la guerra.

El fulgor, el brillo, la parafernalia, el estruendo y la exageración con que han descrito las guerras muchos de los que han participado en alguna, así como la imagen deformada que de la guerra, en general, proyectan muchas novelas o películas, ha hecho que los que no la conocen directamente sean incapaces de atisbar, en su verdadera dimensión, el terrible drama que supone.

El que no sabe de guerra dice bien de ella.
Quien no sabe que es guerra, vaya a ella.
Sabrosa es la guerra al no experimentado en ella.
Ve bien la batalla quien algo lejos se halla.

De la victoria.

¿Cómo se alcanza la victoria? De muchas maneras, desde luego. Veamos las que nos proporciona el refranero.

A los pocos, Dios les ayuda; pero los más vencen.
Acometer hace/para vencer.
Atrévete y vencerás.
Campo roto, paga nueva.

Canas y armas vencen las batallas.
Cuando tengas a uno debajo de la lanza, usa de templanza.
Divide y vencerás.
El rey hace la guerra y Dios la victoria.
Gran victoria la que sin sangre se toma.
Más vence el buen concierto que el grande ejército.
No cantes Gloria hasta el fin de la victoria.
No se llama victoria lo que sin pena se alcanza.
Nunca una victoria sola.
Para vencer, acometer.
Victoria sin peligro, triunfo sin gloria.

De la obligación de ir a la guerra.

Rey y patria, he aquí las dos razones que han arrastrado a los hombres a la guerra.

A la iglesia se ha de ir de voluntad; a la guerra de necesidad; y al convite ni de necesidad ni de voluntad, porque de ordinario se saca de él qué confesar.
A toda ley, ama a tu Dios y sirve a tu rey.
A toda ley, pelear por tu patria y por tu rey.
A tu patria y a tu rey, tenles ley.
A tu rey y a tu nación, el alma y el corazón.
Por tu ley, y por tu rey, y por tu grey, y por lo tuyo morirás.
Por tu ley, y por tu rey, y por tu tierra.
Sirve al rey, o a nadie.

De la guerra y la ley.

La ley es la razón y la guerra es la sinrazón. La guerra aplasta el primero de los derechos del hombre que es el derecho a la vida, por eso la ley, que no es sino la formulación escrita del derecho, no puede ser compatible con la guerra.

A la larga, más puede la razón que el cañón.
Cuando la guerra dice: «Aquí estoy yo», dice la ley: «Yo no».
Cuando los tambores hablan, las leyes callan.
Cuando mandan las armas, no hay ley que valga.
Cuando truenan los cañones, no hay oídos para las razones.
En tiempo de guerra, callan leyes y audiencias.
La mejor razón, la espada.
Las leyes callan mientras hablan las armas.
Mientras las armas hablan, las leyes callan.

De la guerra y la cultura.

La guerra es tiempo de caos y barbarie. La información y la crítica intelectual son mediatizadas y sometidas por los poderes que la controlan. En la guerra no se busca convencer al contrario, solo vencerle.

Cuando los sables mandan, los libros callan.
Cuando Marte llama a la lid, Minerva se echa a dormir.
Cuando se afila el acero se guarda/se seca el tintero.
El acero vuelca el tintero.
En guerra los estados, los libros cerrados.
En tiempo de guerra, mentiras por mar y por tierra.
En tiempo guerrero poco valen pluma y tintero.
La espada, vence; la palabra, convence.
Más puede el saber que las armas.
Más se vence en la guerra por consejo y por saber que por fuerza ni poder.

De los símbolos de la guerra.

La mayoría de las banderas, son, hoy en día, enseñas nacionales. Antiguamente eran, ante todo, el símbolo de cada unidad militar. Los capitanes solían diseñar la bandera de su compañía mandando bordar en ella sus propias armas. Su perdida era un deshonor; por el contrario, conservarla después de haberla expuesto a multitud de combates y peligros, motivo de orgullo.

Bandera vieja, honor de capitán.
Bandera vieja honra a quienes la llevan.

De gallardete a gallardete no hay saludo.
La bandera vieja y rota, al regimiento da honra.
La luz y el estandarte por delante.

De la recluta.

La recluta de soldados para la guerra o para nutrir los ejércitos se efectuó tradicionalmente recurriendo a los enganches de voluntarios, las levas forzosas, las levas de malhechores (levas de vagos) y sobre todo las quintas, que no eran otra cosa que levas por sorteo. Todos estos sistemas tenían numerosas excepciones, como por ejemplo las que privilegiaban a la nobleza o al clero. Los ricos también podían eludir la obligación de ir al servicio militar o a la guerra simplemente pagando a otros para que fueran en su lugar o abonando una cantidad al estado (reducción a metálico). El resto recurrían a diversas y variadas argucias para evitar, si era posible, ser reclutados. Los soldados, en consecuencia, procedían mayoritariamente de las clases más desfavorecidas socialmente y, en gran parte, del mundo rural, al menos hasta el siglo XX en que se eliminaron teóricamente los privilegios y se adoptó el sistema de recluta universal, sin excepciones.

Cuando los sables mandan, los libros callan.
Alistémonos, ¡y marchad!
«¡Alistémonos... y marchad!», dijo a los milicianos el padre guardián.
Azul turquí, no es azul bueno para mí.
Azul turquí, color característico de la uniformidad hasta 1926.
Banderín de enganchador, barre la gente peor.
El buen soldado, sácalo del arado.
En el baile todos sanos; y al entrar en quinta cojos y mancos.
Jorobado, libre de ser soldado.
La leva, lo peor se lleva.
Ojos que te vieron ir, ¡cuando te verán venir!

De la derrota.

El fraccionamiento o división de un pueblo o nación la hace más vulnerable y es la única causa, contemplada por el refranero, que puede llevarla a la derrota y a la destrucción.

El vencido, vencido, y el vencedor, perdido.
Nación dividida, nación destruida.
Pueblo dividido, cátalo vencido.
Reino dividido, reino perdido.
Todo reino dividido será presto destruido.

Del esfuerzo en la guerra.

Nada en esta vida se consigue sin esfuerzo y en la guerra menos.

Antes morir que huir.
En un día no se ganó Troya.
En una hora, no se ganó Granada ni Zamora.
No se gana gloria y fama metidito en la cama.
No se ganó Toledo en un credo.
No se ganó Zamora en una hora.
No se ganó Zamora en una hora, ni Roma se fundó luego toda.
No se ganó Zamora en una hora, ni Sevilla en un día.
Persevera, persevera, y ganarás la bandera.
Si quieres vencer, aprende a padecer.
Toledo no se ganó en un credo, ni Almería en un avemaría.

De la guerra en general.

¿Quién hace la guerra?, ¿qué se hace en la guerra?, ¿cómo se acaba la guerra?

A la guerra, con la guerra.
Con guerra se acaba la guerra.
De buenos y malos se hace la guerra.
En la guerra, como en la guerra.
La guerra es madre de la diligencia y madrastra de la ociosidad.
La guerra levanta a muchos hombres del polvo de la tierra.
La guerra no se ha hecho para mujeres.
La batalla de Alcolea, colea.
La bayoneta todo lo aprieta.
No tiene seguro su estado el rey desarmado.
Para ejercitarse en la guerra, no hay como tener enemigos en frontera.
Plaza sitiada, plaza tomada, o ganada.
Quien dos veces peca en la guerra, mucho yerra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ÁLVAREZ DÍAZ, J.J. (2000): *El ejército, las armas y la guerra en el lenguaje coloquial*. Madrid: Ministerio de Defensa.

CERVANTES, M. de (1615): *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (2ª parte). Madrid: Biblioteca Universal Ilustrada, 1875.

---- (1615): *El gallardo español; la casa de los celos*. Madrid: Alianza Editorial, 1997

CORREAS, G. (Ms 1611): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*. Madrid: Real Academia Española de la Lengua, 1924.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953): *Refranero general ideológico español*. Madrid: Editorial Hernando, 1984.

QUEVEDO, F. de (1627): *Sueños y discursos*. Madrid: Editorial Castalia, 1984.

RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1926): *Más de 21000 refranes castellanos...* Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

---- (1930): *12600 refranes más...* Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

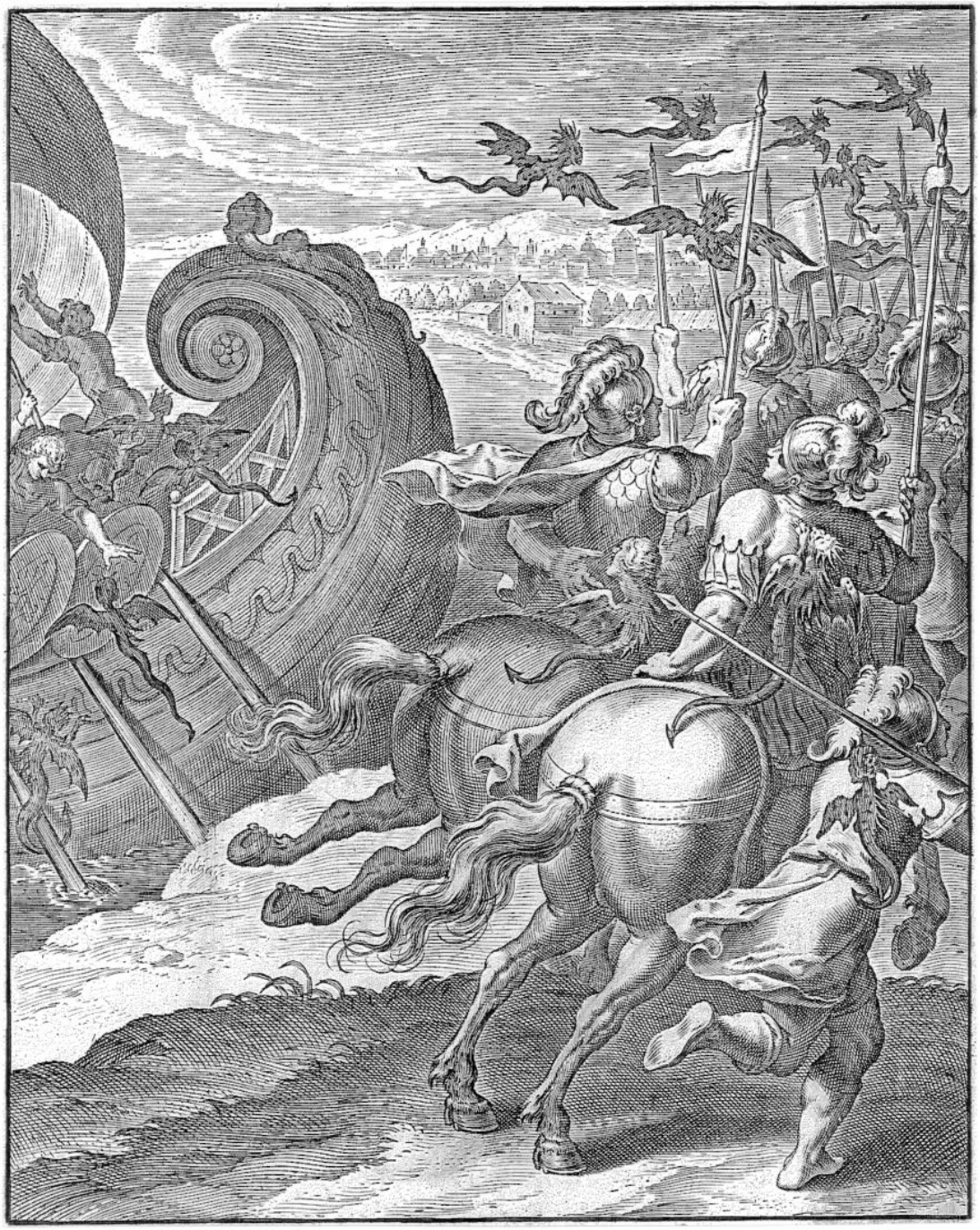
SBARBI, J.M.: *Diccionario de refranes, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales de la lengua española*. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando, 1922.

VEGECIO RENATO, F. (siglo V): *Instituciones militares*. [*Epitoma Rei Militaris*]. Madrid: Ministerio de Defensa, 1988 (de la traducción realizada por Jaime de Viana en 1764).

VILLAMARTÍN RUIZ, F. (1862 = 1989): *Nociones del arte militar*. Madrid: Ministerio de Defensa.



Los cuidados son inevitables



El soldado y el marinero
Huyen del cuidado atroz,
Mas no escapan de su fuero,
Ni la nave más veloz,
Ni el caballo más ligero.